

DE LA FIESTA Y DEL EXCESO

por **JUAN B. SOLER USO**

Me piden una colaboración para «Cadafal». Ahí va y sea lo que Dios quiera.

Vaya por delante que no estoy en contra de las fiestas. Vamos, con la velocidad característica de los tiempos, hacia una sociedad cada día más tecnificada y, por lo mismo, hacia una forma de vida en la que el ocio ocupará una parcela cada vez mayor de nuestro tiempo. Y no estamos preparados. De manera que habrá que hacerlo. Este es un reto para los sociólogos, para los políticos, para los dirigentes, para la sociedad toda. Pero **vamos** hacia esa sociedad del ocio. Aún **no estamos** en ella. Antes, habrá que poner las bases. Y entre ellas el aprendizaje de cómo utilizar el tiempo libre.

Digamos enseguida que las fiestas son algo más que pura diversión en abstracto. que cada pueblo lo hace de manera distinta, y hemos entrado ya en el mundo de la cultura. De la cultura autóctona, quiero decir, que es lo que diferencia a un pueblo de otro, a un grupo social de otro, a una ciudad de otra, a una nacionalidad de otra, e incluso a una raza de otra. Para bien y para mal.

Sean pues bienvenidas las fiestas. Porque son un merecido tiempo de descanso, porque ofrecen la posibilidad de la cada día más difícil comunicación entre los hombres, porque llevan en sí mismas la posibilidad de ser más nosotros mismos: más villarrealenses, más valencianos. Sean bienvenidas. Sean bien celebradas. Sean bien entendidas. Pero sean también bienhalladas. Generen en buena hora alegría y divertimento. Sirvan para ensanchar el espíritu. Ayuden al entendimiento a unos, al descubrimiento de la historia propia a otros y sirvan de ocasión única —por lo excepcional— para poner de manifiesto la voluntad firme de respetar a los demás, ganando así la propia estimación y la de los otros.

Dicho esto, quiero añadir como opinión estrictamente personal, con el mayor de los respetos, que las fiestas patronales que Vila-real celebra tanto en mayo como en septiembre me parecen largas —demasiados días—, escasamente personales —demasiado iguales a las de los demás pueblos—, y no diré que vandálicas porque me parece fuerte, pero sí desconsideradas porque en ocasiones las charangas suenan a destiempo, la suciedad invade nuestras calles, y festeros hay que actúan como si poseedores fueran de patente de corso, y no hay tal. También me parecen caras en lo que al erario público se refiere. Es claro que en lo estrictamente particular,

cada uno se gasta sus cuartos como le viene en gana y nada hay que decir.

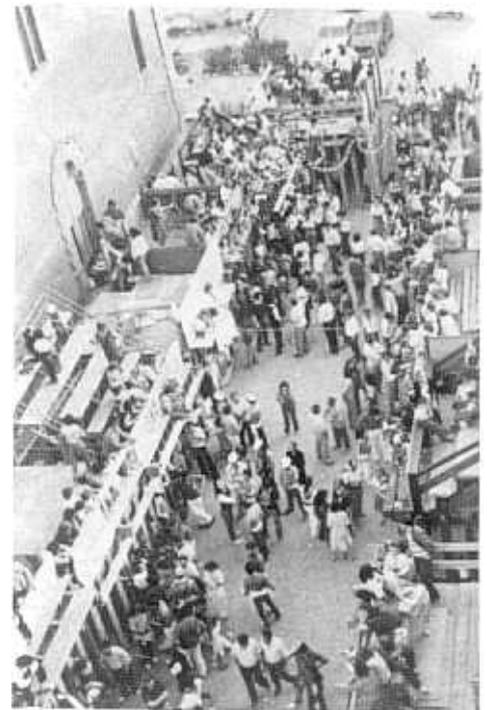
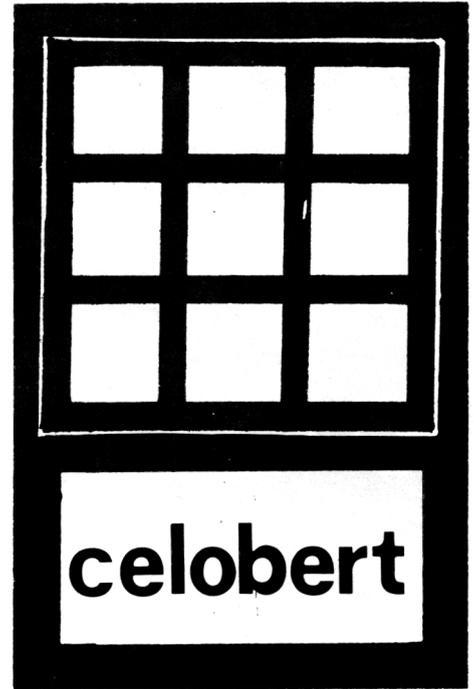
Me parecen largas, porque diez días en mayo y otros tantos en septiembre son muchos días. Este nuestro es un pueblo que tiene fama de trabajador y creo yo que bien ganada. Pero no es posible estar en el «tajo» a la hora debida y en condiciones de rendir lo que se espera, cuando se ha estado hasta las tantas de jolgorio, con todo lo que el jolgorio lleva consigo. Una mañana de resaca —resaca de fiesta, quiero decir— se aguanta regular cuando el cuerpo es joven. Diez días seguidos de resaca —resaca de fiesta, quiero decir— no hay cuerpo que lo resista, y quien se resiente, dígame lo que se quiera, es el resultado del trabajo, la rentabilidad de ese trabajo, el respeto que se debe a un sueldo que se cobra y que hay que ganar, porque así está estipulado. Ya sé que hay empresas que cierran en tiempo de fiestas, contando con ese tiempo como vacacional. Tres o cuatro días de fiestas intensamente vividas es mi oferta.

Las fiestas de Vila-real me parecen escasamente personales. Faltan más manifestaciones de lo propio y sobran mimetismos. ¿Alguien puede explicar qué tiene que ver las «majorettes» con nosotros?. Se canta y se baila poco al «ball de l'anguila» y se escucha hasta el absurdo el... ¿Por qué se ha desvirtuado hasta límites increíbles la cabalgata de la naranja, dando paso a escenificaciones absurdas e impersonales? La Peña «La Brusa» realiza esfuerzos por potenciar nuestras señas de identidad en un ejemplo que habría que imitar.

Vila-real, su Corporación municipal, destina a fiestas una cantidad de dinero absolutamente desmesurada. Nada menos que dieciséis millones de pesetas del erario público se gastaron el pasado año en fiestas. Con todos los respetos, esa es una cifra que me parece inmoral, teniendo en cuenta que: a) los problemas de escolarización, singularmente las guarderías son prácticamente inexistentes para los hijos de las clases trabajadoras. b) la salud pública no es precisamente un aspecto de los que Villarreal puede enorgullecerse. c) los barrios periféricos tienen carencias absolutamente escandalosas. d) no estamos precisamente en condiciones de presumir de zonas verdes, parques infantiles, etc. y así hasta completar todo el abecedario.

Ya sé que lo dicho puede no ser compartido. Soy consciente de que acaso una publicación festiva no sea el mejor sitio para consideraciones de esta naturaleza. Considero que cualquier exaltación de la fiesta, señalar lo formidable de la participación popular, cargar las tintas en el espléndido papel que las peñas están llevando a cabo, hubiera sido más lucido. Pero me han pedido una colaboración y me han dado la libertad, que agradezco, de decir aquello que pensara de las fiestas.

Con todo el respeto para los discrepantes, con el máximo afecto a todos,



sin la menor concesión al dogmatismo, he manifestado mi opinión. Me siento feliz por poder hacerlo. Otros no han tenido tanta suerte y, más cargados de razón, más pertrechados de estilo, profundidad y enjundia, no habrán tenido oportunidad. No es mi responsabilidad.

Pido disculpas por el atrevimiento, deseo a todos felicidad en las fiestas y fuera de ellas, y agradezco a «Cadafal» su invitación.